

RECUERDO DE TORRE CERREDO

POR PABLO BILBAO ARISTEGUI

La vez primera que vi de cerca los Picos de Europa fue desde el aire, el 17 de julio de 1950. Iba yo a la «Ciudad del Apóstol» en el mismo avión y viaje que inauguraba la línea Bilbao-Santiago de Compostela. El tiempo, espléndido, me recordaba la certera imagen de Juan Ramón: «...la tarde de estío, con su tristeza de plenitud.» Volábamos a 2.400 m. de altura, bordeando el Macizo Central.

Los Picos de Europa emergían sobre un mar estático y compacto de nubes cándidas, y el piloto nos regalaba —recreándose en la suerte— con la contemplación inesperada de aquella belleza. Por entonces, yo me dedicaba más a la natación que a otro deporte. Nadie me habría vaticinado que, años después, ya cuarentón corrido, iría a trepar los riscos que, vistos desde el avión, parecían desafiarnos con la majestad de lo inaccesible.

El primer contacto fecundo con los Picos fue en agosto de 1961. Acompañado de Juan M.^o Lechosa, hoy sacerdote, subí a Peña Vieja y al Tesorero, y, con él y «Camachín» al Llambrión. La experiencia resultó muy sabrosa y dejó en mi ánimo el anhelo de repetirla. Supe que Torre Cerredo era el techo de los Picos de Europa. Lo había avizorado desde el Llambrión. ¿Por qué ejercería fascinación especial sobre mí?

En julio de 1962 estuve en los Pirineos y subí al Pico del Infierno, Mercadau y Las Argualas. Al siguiente año, mi objetivo era el Aneto, pero, cuando ya tenía mi reserva en «La Renclusa», sobrevino la tromba de agua que anegó y aisló el valle de Benasque. Desistí de mi proyecto y pensé en volver a los Picos de Europa. Con el tiempo ya algo justo, empecé los preparativos. Lo primero, cerciorarme de que habría sitio para quien conmigo viniera y para mí en el Refugio de Aliva. Lo segundo, de mayor monta, contar con «Camachín», el extraordinario guía. Mi propósito, muy firme, era subir esta vez a Torre Cerredo. Avisé para que me acompañase a Alfredo López Martín, seminarista de Pobeña, excelente montañero.

Salimos de Bilbao el 19 de agosto por la mañana. Después de unas horas en Santander, llegábamos por la tarde a Potes. Aquí, mi buen amigo José Jesús del Arenal —gran enamorado de los Picos y no menos gran pescador de salmones— me volvió a sugerir que, para la subida al Cerredo, sería forzoso hacer noche en Cabaña Verónica, refugio que vi montar en agosto de 1961. Mi idea, aun a trueque de abrir el compás, seguía siendo Aliva como punto de arranque. La última palabra, era obligado, la tendría «Camachín», que ya nos estaba esperando a nuestra llegada a Espinama. Ante la manifestación de mi propósito frunció el gesto. Hacía nueve años ya que no subía al Cerredo, y este mismo

PYRENAICA

verano, de modo poco versallesco, les había dicho a unos franceses que él no se quería comprometer a guiarlos al techo de los Picos. «En fin, ya veremos... si hay que subir, se sube». «No digas eso —le replicaba yo—, iremos si a ti te parece, no hay por qué forzar la tuerca». Después de un rato de agradable charla en la cocina de su casa, dejamos a «Camachín». A las diez de la noche, Alfredo y yo recalábamos en el Refugio de Aliva.

El primer día, 20, resultó inhábil, lo perdimos por la niebla. Desde luego, quien vaya a los Picos de Europa debe hacerse a la idea de cruzarse de brazos y desistir de escaladas cuando menos se cate, porque la niebla así lo impone. En mi anterior visita a los Picos, de seis días se nos frustraron tres.

El 21 salió con tiempo magno, de sol y brisa. Con «Camachín» y Alfredo fui a Collado Hermoso. Preciosa excursión, carente de riesgo. A la vuelta subimos a La Padiorna (2.341 m.), con la mayor facilidad y el premio de una limpisima visión desde la cumbre.

Siguió el tiempo muy bueno el 22, y no había que desaprovecharlo. Subimos a Pico Cortés (2.363 m.), el primero del Macizo Oriental. Por la tarde, ya de vuelta en el refugio, «Camachín» nos espetó: «Mañana, descanso, y, al otro día... ¡al Cerredo!». Esta decisión, por sí sola, parecía ya colmar mi anhelo.

El 23 fue, efectivamente, de descanso y preparativos. Cielo de nubes. Salí, por la mañana, con Alfredo a bañarnos a Los Pozos. Extraña y sugestiva impresión la de nadar a aquella altura, frente a la espalda de Peña Vieja, que ya había yo experimentado en la ocasión precedente. Lo malo vino por la tarde. A las seis, la niebla se adueñó de todo. La duda nos atenazaba: ¿y si mañana sigue así? A la hora de acostarnos, la niebla no podía ya ser más cerrada...

A las cinco de la mañana me levanté y comprobé con gozo que la niebla se había ido por completo. Empezaba a alborecer. La mole de Pico Cortés aparecía negra, disforme. Peña Vieja, por contraste, se iba coloreando mágicamente con los más diversos matices. ¡Maravilloso e inolvidable espectáculo, minuto a minuto, el de la amanecida en Aliva!

Hubo tiempo para todo. Para que yo celebrara con sosiego la Santa Misa, para ultimar los preparativos y esperar a «Camachín», que tenía que subir de Espinama. ¿Y si en Espinama seguía la niebla y «Camachín» nos dejaba en la estacada? Nueva zozobra. Al fin, «Camachín» vino a buscarnos, caballero en un «jeep».

A las ocho de la mañana salimos del refugio con rumbo a Torre Cerredo. ¡Incomparable momento el de la «salida» en la alta montaña! Quien lo haya gustado sabe muy bien la inefable sensación que implica de gozo, de liberación de lastres y anhelo de aventura... ¡Son recias las horas que nos esperan!

El día era radiante y nuestro itinerario fue el siguiente: por la Horcadina de Covarrobles hasta la bifurcación de Cabaña Verónica; doblamos los Horcados Rojos; de allí bajamos al Hoyo y Garganta de los Boches, saliendo por la gargantada al Jou sin Tierra; subimos desde aquí a la Horcada de San Carlos y entramos faldeando el Hoyo del Cerredo.

La marcha fue buena y no sufrimos el menor contratiempo. A veces, la nieve estaba más dura que lo deseable. Otras, por evitarla, bordeábamos los neveros y teníamos que saltar las grietas o «rimayas» cuando se nos interponía algún peñasco. De la nieve a la roca, de la roca a la nieve, tema sin variaciones. Lo único que «Camachín» temía era el fantasma de la niebla.



Vista parcial del Macizo Central desde Peña Vieja, destacándose al centro Torre Cerredo.

(Foto J. San Martín)

Nos aliviaba la andadura lo que yo llamo «cóctel Picos de Europa». La fórmula es bien simple: póngase en el cuenco de la mano izquierda un trozo de nieve limpia, no tomada de la superficie; sobre la nieve, viértase del tubo un churrete de leche condensada. Sírvese de la mano a la boca. El efecto de reanimación es inmediato.

Ya llegábamos al pie de la pirámide del Cerredo. La subida, sin cuerdas, no nos resultó fácil. A medida que íbamos ascendiendo, las «llambrias» acentuaban su parentesco con la vertical. Tanteo de vías. «Por aquí no se puede». «Por aquí tampoco». Silencio. Cielo azul, glorioso. Vamos subiendo, pegados como lapas a la roca, porque los agarres y resaltes son reducidos. El peligro exige máxima tensión de atención y esfuerzo. Y a la tensión extremada se une el miedo, sí, el miedo. «Desgraciado de ti si en la alta montaña desconoces el miedo, eso querrá decir que eres un inconsciente», escribió Bonatti.

Cada uno de nosotros, en los minutos que corresponden a los tramos postremos, va a su aire, abandonado a su suerte. Hay un momento en que el inmenso silencio se quiebra. Alfredo va por encima de mí, «Camachín» a mi izquierda, a pocos metros. Oigo la voz de «Camachín», que me dice con inequívoco dejo de angustia: «¡Agárese bien, don Pablo, agárese bien, que si se cae aquí se mata...!»

A las dos de la tarde pisamos la cima de Torre Cerredo (2.648 m.). Habíamos empleado seis horas desde el refugio. «Se marcha con los músculos, se llega con los nervios», como acertadamente escribió Tissie. La cumbre del Cerredo es muy reducida de espacio. Desde ella se aprecian —y de qué modo— las «vertiginosas llambrias» que la circundan, según tenía leído en la revista «Peñalara». La vista era inenarrable por lo diáfana. Si no media España, sí se contemplaba un trozo extensísimo, maravilloso,

Torre Cerredo no recibe muchas visitas. En todo lo que iba de año, lo verificamos en el buzón y registro, antes que nosotros sólo subió otro grupo, del Llaranes de Avilés, el 26 de julio. Y el 16 de septiembre recogerían nuestra tarjeta cuatro montañeros de Mieres.

Muy poco tiempo hicimos en la cumbre, casi el justo para rezar un padre-nuestro y cantar la salve. «Camachín» temía la niebla, y eso que sólo muy lejos, lejísimos, se divisaban unos vellones de nubes, muy bajos y pegados a la costa asturiana. Bajamos por la misma vía, con no menos esfuerzo, precaución y temores que a la subida. ¡El toro podía cogernos al menor desliz! Cuando llegamos de nuevo al Hoyo del Cerredo, sanos y salvos, ya pudimos cantar victoria.

El alto para comer fue en la Horcada de San Carlos. Al llegar a la garganta del Jou sin Tierra nos encontramos con Alfonso Martínez, guía del Naranjo, y dos jóvenes, todos ellos, al igual que «Camachín», guardas del coto. Alfonso Martínez nos preguntó por dónde habíamos subido al Cerredo: «Llevando la VN hay que pasar por una cuevina».

Desde la garganta de los Boches, el itinerario de vuelta ya fue distinto, porque nos desviamos al collado de Santa Ana. Aquí me caí en un nevero y arrastré conmigo a «Camachín», afortunadamente sin consecuencias para ambos. En principio, pensamos atajar por la mina para volver a Aliva, pero temimos que se nos hiciera de noche. Del collado de Santa Ana seguimos hasta tomar el camino de descenso de Peña Vieja, desde donde salimos a La Vueltona.

A las nueve de la noche entrábamos de vuelta, incólumes, en el refugio de Aliva. Habíamos salido a las ocho de la mañana. Seis horas de ida, siete de regreso. Gracias a Dios y al valimiento de Pío XI, el gran alpinista, nuestro objetivo estaba ya cumplido, sin el menor contratiempo ni quebranto.

Cuando pongo en limpio estos mis apuntes ya han pasado tres años y he subido a más «tres miles» pirenaicos, los últimos el Balaitus y el Monte Perdido. Sin embargo, el recuerdo del Cerredo y su emocionante escalada se mantiene enhiesto, como él mismo. ¿En qué residirá el secreto de ese especial embrujo?

A veces, desde mi retiro del Seminario de Derio, «cuando contemplo el cielo de innumerables luces adornado», suelo pensar: ...estas estrellas y su variado cromatismo ¿no se verán con otro fulgor y cercanía desde la atalaya del Cerredo? Y, entonces, al conjuro del recuerdo, no es sólo la fantasía la que cabalga, porque también galopa el corazón.